

IA y la ilusión de la verdad

Pablo Fernández Blanco
Reunión Lacanoamericana, Mar del Plata 2024.

*Sediento de saber lo que Dios sabe,
Judá León se dio a permutaciones
de letras y a complejas variaciones
y al fin pronunció el Nombre que es la Clave,*

*la Puerta, el Eco, el Huésped y el Palacio,
sobre un muñeco que con torpes manos
labró, para enseñarle los arcanos
de las Letras, del Tiempo y del Espacio.*

*Tal vez hubo un error en la grafía
o en la articulación del Sacro Nombre;
a pesar de tan alta hechicería,
no aprendió a hablar el aprendiz de hombre.*

Estrofas elegidas del poema de J. L. Borges "El Golem".

Comienzo compartiendo una impresión personal al trabajar y pensar sobre esta temática. Parece no haber forma que de algún modo uno pueda tener la sensación de llegar más o menos a tiempo a asir (al menos en sus puntas) algo de este tema. No solo es llegar tarde a apagar un incendio, sino que parece que ni siquiera hemos salido del cuartel de bomberos cuando ya surge uno nuevo.

Lo vertiginoso es claramente un signo de los tiempos. Los avances tecnológicos no están esperando para que sean pensados. El afán de progreso, combinado con la lógica del mercado y a quizás, una aversión creciente a la contemplación, hacen de este horizonte epocal un tobogán en el cual nos deslizamos a una velocidad inusitada y en el cual todavía no sabemos bien hacia donde nos va a despedir.

La vedette tecnológica del último tiempo sin dudas es la Inteligencia Artificial generativa y los Grandes Modelos de Lenguaje (LLMs en inglés). La IA generativa ha cobrado relevancia en los últimos años, gracias a modelos como GPT y DALL·E, que son capaces de crear contenido nuevo —desde textos hasta imágenes— a partir de patrones aprendidos de grandes volúmenes de datos. Estos modelos emplean redes neuronales profundas para generar contenido de manera autónoma, simulando capacidades creativas propias de los humanos.

No quiero enredarme ni enredarlos con definiciones técnicas pero podemos decir que la inteligencia artificial (IA) general surgió a mediados del siglo XX, impulsada por la búsqueda de máquinas capaces de realizar tareas que normalmente requerirían inteligencia humana, como el reconocimiento de patrones, la resolución de problemas y la toma de decisiones. Uno de los hitos clave fue la creación de la lógica formal y los primeros algoritmos de procesamiento simbólico, que dieron paso a sistemas capaces de ejecutar reglas predefinidas. Sin embargo, el verdadero avance se produjo con el desarrollo de redes neuronales y el aprendizaje automático (machine learning), permitiendo a las máquinas aprender de los datos y mejorar su rendimiento con el tiempo.

Ustedes podrán preguntarse, ¿qué tiene que ver todo esto con el psicoanálisis? Creo yo que varios son los motivos por los cuales no solo es interesante analizar este fenómeno sino que además puede ser imperioso el hacerlo. La tecnología entendida como los objetos/dispositivos y/o herramientas que utiliza el ser humano para desenvolverse en un mundo hostil, y evitar el desvalimiento de la propia naturaleza humana, estuvo desde el comienzo. En este sentido podemos decir que la misma existirá en tanto exista cultura. Freud se ocupó de ello en lo escrito en *El malestar en la cultura*. “Reconocemos como culturales todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.”¹

Continúa el maestro vienesés haciendo una crítica precisa a los efectos de una euforia sobre las renovadas invenciones de la tecnociencia que hacen del hombre alguien semejante a un dios. Lo llama dios - prótesis “...verdaderamente grandioso

¹ Freud, S. “El malestar en la cultura.” Obras completas. Tomo XXI. Amorrortu. Pag. 89

cuando se coloca todos sus órganos auxiliares; pero estos no se han integrado con él, y en ocasiones, le dan todavía mucho trabajo.”² El consuelo, dice, va a estar dado en que los progresos no se detendrán “...y no harán sino aumentar la semejanza con un dios.” Remata el párrafo precisando que paradójicamente “...el ser humano de nuestros días no se siente feliz en su semejanza con un dios.”³

En el *Porvenir de una ilusión*, Freud señala que “...las representaciones religiosas provienen de la misma necesidad que todos los otros logros de la cultura: la de preservarse frente al poder hipertrófico y aplastante de la naturaleza.”⁴ Religión y tecnociencia como modos de dar respuesta a los misterios del mundo y del ser humano. Permítanme una apuesta riesgosa (de las varias que voy a necesitar para este trabajo): hoy las Inteligencias Artificiales funcionan como la convergencia de la función religiosa y el sostén tecnológico.

¿Qué hay detrás de una respuesta que la IA proporciona? Respondiendo de una manera extremadamente resumida: un complejo entramado de algoritmos modelados a partir de redes neuronales, que mediante estadística puede por ejemplo predecir la siguiente palabra de una oración de un modo preciso y con una velocidad asombrosa. Allí no habría novedad sino fuera porque detrás de la respuesta hay una pregunta. Y detrás de una pregunta hay un sujeto que busca un saber, pero no solo eso, sino una indagación sobre el lugar que ese sujeto ocupa en el campo del Otro. Para el psicoanálisis “Que quiere el Otro de mí?” es la pregunta que sostiene la estructuración subjetiva y generadora del deseo que no es sino deseo de deseo del Otro.

En la antigüedad las preguntas estaban destinadas a los sabios y/o ancianos. Estos en mayor o menor medida respondían a un saber superior. Dios o dioses que mediante sus representantes humanos intentaban dar respuestas a lo que aquejaban a los hombres de la época. La necesidad de encontrar sentido, consuelo y esperanza para lo que Freud ubicó claramente en el *Porvenir de una Ilusión*, es lo que por un lado gestó la religión, entendida aquí como una estructura simbólica que

² Freud, S. Op. cit. Pag. 90

³ Freud, S. Op. cit. Pag. 91

⁴ Freud, S. “El porvenir de una ilusión.” Obras completas. Tomo XXI. Amorrortu. Pag. 21

responde a la falta inherente en el sujeto y al deseo de encontrar un sentido o un "todo" que lo complete.

Antes de establecerse y sistematizarse con textos sagrados que dieran una sensación de completud y seguridad, las religiones utilizaron el relato (principalmente en mitos y leyendas) para explicar lo incomprensible para el ser humano. En la antigüedad, los oráculos funcionaban como vehículos para la transmisión de estos saberes, ofreciendo respuestas enigmáticas que obligaban a una interpretación subjetiva. El hombre en busca de una verdad sobre la cual guarecerse ubicaba en los oráculos la fantasía de una respuesta que colmara su existencia de sentido. Este, desde una posición que los analistas podemos reconocer fácilmente, no daba respuestas claras y directas; sus respuestas eran enigmáticas, ambiguas y simbólicas, lo que obligaba a una interpretación subjetiva. Este proceso de desciframiento colocaba al consultante en una posición de constante búsqueda y reflexión sobre su deseo, su posición en el mundo, y su relación con lo divino o lo sagrado. Esa forma elusiva y velada de presentar una verdad comprometía al sujeto con su interrogante.

¿Podemos pensar a la IA como un “oráculo moderno”? Novísimo vástago de la ciencia, la IA no deja de proponer la ilusión de una completud que nos libere del dolor de existir. Ella proporciona respuestas basadas en grandes volúmenes de datos, algoritmos de aprendizaje y patrones de reconocimiento. A diferencia del oráculo tradicional, la IA tiende a ofrecer respuestas directas y aparentemente objetivas, basadas en probabilidades y lógica computacional. No solo eso, sino que además propone una experiencia que supone una relación de intimidad. Un semejante que a su vez no lo es, al estar amparado en un inimaginable reservorio de saber que está dispuesto a ofrecernoslo aparentemente “sin costo”.

Cabe aquí hacer una digresión en torno a la religión y la ciencia (IA) y su relación con la verdad. La mayoría de ustedes debe haber estado al tanto que uno de los primeros problemas que surgieron con la irrupción de la IA fue con el supuesto peligro que suscitaban las imágenes generadas con esta tecnología imitando y en ocasiones tergiversando la realidad (por ejemplo las imágenes del papa en situaciones poco creíbles). La controversia giró en torno a la diferencia entre discurso verosímil y discurso verdadero, siendo el primero (de acuerdo a esta

idea) la capacidad que tiene la IA en generar una respuesta no en base a “la verdad” sino a lo que más se ajuste estadísticamente a lo que el humano espere como respuesta. Con cierta ingenuidad hubo gente que deslizó la antinomia entre buscar la verdad en Google (¿realmente está allí?) y lo que pueda arrojar la IA como respuesta. En una nota periodística, el padrino de la IA Geoffrey Hinton, en su acto de renuncia a Google comenta que su preocupación inmediata es que Internet se inunde con fotos, videos y textos falsos, y que la persona promedio “ya no pueda saber lo que es verdad”. ¿Nosotros podemos saber lo que es verdad? ¿Podemos decir que hay una verdad?

Para el psicoanálisis la verdad es verdaderamente un tema amplísimo. De ningún modo puedo arrogarme el cabal manejo del concepto, pero sí creo poder decir algo al respecto con ayuda del texto de Rolando Karothy *Los tonos de la verdad*. En él, el autor hace un recorrido extenso pero preciso del concepto en relación a la filosofía y al psicoanálisis. En este sentido escribe: “Esta posición del saber (hablando del discurso del analista) en el lugar de la verdad indica que esta no se define en relación a la exactitud ni a la adecuación de las representaciones de las cosas según lo establece la teoría del Estagirita. Más bien, a la inversa, hay que sostener como frecuentemente lo señala Freud, que <la verdad se dice en la falta de exactitud, en el error, en las formaciones del inconsciente.>”⁵ Entre las varias teorías de la verdad que se despliegan en el libro, la teoría de la correspondencia de Aristoteles parecería la que más se ajusta a la fantasía que se encuentra detrás de la IA (ciencia). Un enunciado es verdadero en tanto y en cuanto esté en concordancia con la realidad. Pero que podríamos decir cuando pensamos a un sujeto manipulando esa IA creando una imagen verosímil de, como dijimos, el papa en esas situaciones? Dice Karothy: “El lugar de la verdad se designa, se deduce, está implicado en el discurso y, a su vez, el lugar del semblant posibilita que la verdad de un discurso pueda encontrar su <expresión> exclusivamente en la forma de la verosimilitud. La represión de la verdad del deseo produce la verosimilitud del discurso (<el semblant verosimiliza el decir>).”⁶ Algo en la generación y divulgación de ese contenido expresa un deseo inconsciente que por su condición de reprimido se hace lugar en forma sustitutiva. El producto de la IA parece estar amparado en la

⁵ Karothy, R. “Los tonos de la verdad.” de la Campana ediciones. Pag. 199

⁶ Karothy, R. Op. cit. Pag. 257

creencia de algo superior a lo humano (lo divino) y teniendo eso en mente podemos decir junto con Karohty: “La creencia implica un verosímil <una apariencia de verdad que se plantea como creíble y plausible>.”⁷

Ahora bien, en la medida en que se deposita en ese producto de la ciencia la esperanza imaginaria de una vida desprovista de una falta, o como lo propone la IA generativa: en una sustitución o imitación de lo que nos hace humanos, a saber, el lenguaje; no es difícil suponer que el escenario que se presenta es como mínimo de alerta. Si como la ciencia lo propone dejando a un lado a la verdad, para reducirlo todo al saber, porque de todo es posible saber, no sería descabellado pensar que en este escenario la prescindencia esté del lado de lo humano. La ciencia ficción no deja de mostrárnoslo.

Pero el psicoanálisis tiene algo para decir, o mejor dicho, recortar un decir. No-todo, claro. Y por supuesto no de la IA. Sino del resto, de lo que resta, lo que aparece como falla, como equivocación, como síntoma. Donde la verdad se semi dice. Escribe Roberto Harari: “Es el lugar de la equivocación <que aprovecha la multivocidad propia del significante> donde la verdad procura <logra> semidecirse. Equivocación producto del deslizamiento, fruto de un corrimiento que, en primer lugar, no es sino metonímico”⁸

Llegando al tiempo de concluir quisiera no dejar de resaltar como puede interpretarse el trabajo de Heidegger sobre la tecnología. Y allí se dice: “que el verdadero peligro no radica en la tecnología misma sino en su esencia...” “Dicho de otro modo, la amenaza que pende sobre el ser humano no proviene directamente de las máquinas o aparatos de la tecnología, sino que forma parte del mismo ser del hombre.”⁹ Es el hombre en su producción que genera las condiciones de ser en el mundo.

El rabino de Praga que describe Borges no puede no hacer su Golem de otra forma que no sea como lo hizo. Las letras sagradas utilizadas, son sagradas y

⁷ Karohty, R. Op. cit. Pag. 259

⁸ Harari, R. “Fantasma: ¿Fin del análisis?” Nueva Visión. Pag. 296

⁹ Aranda Anzaldo, A. (1988) Martín Heidegger y la cuestión de la Tecnología. Ciencia y Desarrollo Vol. XIV 83:75-85. CONACYT. (LAT)

divinas, pero a su vez, letras. Y en ellas se desliza inadvertidamente el equívoco, el fallo, la falta.

Sin dejar de pensar que este trabajo sólo puede funcionar como una mera introducción no quiero dejar pasar la oportunidad de mencionar que asociado a todo lo antedicho está la pregunta por el cuerpo. Desde el inicio de haber empezado a pensar este tema, en un apartado como ayuda memoria tengo anotado lo siguiente: Conclusión apresurada: el límite para cualquier intento de avance de las inteligencias artificiales o de su extensión en la virtualidad, es el cuerpo.

Preguntas que se van agolpando.